

ISAAC ASIMOV

LA EDAD DE ORO DE LA CIENCIA FICCION

I

SUPER
FICCION



«El futuro ya no es lo que solía ser». Para el observador atento, esta afirmación de Arthur C. Clarke anunciaba la corriente nostálgica que iba a invadir el campo de la ciencia ficción en los años setenta. En la presente antología, que podíamos haber titulado también «En busca del tiempo perdido», el gran maestro Isaac Asimov se dedica a untar la magdalena en el té de los recuerdos de su juventud, para evocar el esplendor y la gloria de la que fue la primera Edad de Oro de la ciencia ficción: la década de los treinta. Hé aquí los relatos que Asimov recuerda con más afecto, en este primer tomo de los dos que integran nuestra edición: Edmond Hamilton, El hombre que evolucionó Neil R. Jones, El satélite Jameson Capt. S.P. Meek, Submicroscópico Capt. S.P. Meek, Awlo de Ulm Schuyler Miller, Tetraedros del espacio Clifford D. Simak, El mundo del sol rojo

A Sam Moskowitz, a mí mismo y a todos los
demás miembros de *First Fandom*
(aquellos dinosaurios de la ciencia-ficción)
para quienes una parte del encanto
desapareció del mundo en 1938.

INTRODUCCIÓN

Para muchos lectores de ciencia-ficción que ya han llegado a la madurez, hubo una Edad de Oro de la Ciencia-Ficción, en mayúsculas.

Esa Edad de Oro comenzó en 1938, cuando John Campbell llegó a ser director de «Astounding Stories» y transformó tanto la revista como el mismo género en algo más próximo a sus íntimos deseos. Durante la Edad de Oro, Campbell y la revista que dirigía dominaron tan plenamente la ciencia-ficción, que leer «Astounding» equivalía a conocer todo el género.

En ese sentido, la Edad de Oro se prolongó hasta 1950, cuando, abordaron la especialidad otras revistas como «Galaxy» y «The Magazine of Fantasy and Science Fiction». A su modo, las personalidades directoras de H. L. Gold y Anthony Boucher eran tan fuertes como la de Campbell, con lo que el campo creció y se diversificó. En muchos sentidos mejoró aún más cuando desbordó las revistas e invadió los libros, las ediciones de bolsillo y los medios de comunicación electrónicos.

Para entonces, el lector individual ya no podía asimilar todo el género. Éste se hizo demasiado amplio para que uno pudiera hacer algo más que arañarlo. La Edad de Oro, en que toda la ciencia-ficción estaba al alcance del lector, había concluido.

Durante la Edad de Oro, las cosas me fueron muy bien, pues estuve entre los primeros autores nuevos que Campbell descubrió, y sé con certeza que no hubo otro por quien mostrase un interés tan personal y paternal. Mi libro *The Early Asimov* (Doubleday, 1972) es al mismo tiempo mi tributo a aquellos años y mi homenaje a John.

Pero olvidemos la Edad de Oro con mayúscula y vayamos a algo más personal. Para quien haya vivido una vida no del todo desastrosa, existe un halo multicolor que baña la época de los diez a los veinte años. Los recuerdos de la primera década, es decir, del período anterior a los diez años, son confusos, inciertos e incompletos. Al comenzar la tercera década, después de los veinte años, la vida se llena de responsabilidades adultas y se convierte en una carga. Pero la segunda década, la de los diez a los veinte años, es dorada; en esos años conocimos la felicidad.

La segunda década es la edad de oro de cada persona. El recuerdo de la vida tal como era entonces nos parece, sencillamente, lo que debería ser siempre. Para cualquier lector de ciencia-ficción, el oro de la segunda década de su vida ilumina las narraciones que leyó en esa época. Por eso, oigo con frecuencia a entusiastas treintañales hablar de «la edad de oro de la década de los 50». Si logro alcanzar una edad razonable, realmente espero escuchar a algún maldito chiquillo hablándome de «la edad de oro de la década de los 70». (Me levantaré de la silla de ruedas y lo azotaré con mi bastón.)

Bien, ¿qué diré de mí mismo? Mi edad de oro (con minúsculas) se remonta a los años 30. Me refiero a la década inmediatamente anterior a la Edad de Oro (con mayúsculas), que resultó gloriosa para mí... y para todos, pues fue durante mi edad de oro cuando las personalidades que configuraron la Edad de Oro, Campbell incluido, se formaron a sí mismas.

Los relatos de ciencia-ficción que leí durante los años 30 aparecieron en revistas que no pude coleccionar. Tomaba

cada revista tan pronto como llegaba al puesto de periódicos de mi padre, la leía a toda prisa y la devolvía a dicho puesto para ser vendida. Aprendí a tratarlas con mano suave, para que la revista conservase su prestancia original y nadie supiera que yo la había leído, fanáticamente, palabra a palabra y página a página. (Debía hacerlo, porque si la revista se hubiera estropeado, mi padre habría lanzado un ucuse prohibiéndome tocarlas. No sé cuál es vuestra experiencia, pero mi padre esperaba obtener y obtenía obediencia instantánea.)

De modo que, después de la primera lectura, jamás pude releer los cuentos de ciencia-ficción de mi edad de oro personal. ¡Ah, sí! Leí algunos cuando fueron reimpresos. No obstante, muy pocos de los cuentos publicados antes de la Edad de Oro suelen ser reimpresos. La Era de Campbell barrió con todo lo anterior.

A quien ha vivido la Revolución de Campbell, la ciencia-ficción de los años 30 le parece torpe, primitiva e ingenua. Los relatos son cándidos y pasados de moda.

En efecto, convengamos en que lo son. Pero tenían, en cambio, un vigor juvenil que, hasta cierto punto, se ha perdido con la sofisticación actual.

Además, han quedado en mi memoria. Aunque algunos los leí una sola vez y a muy temprana edad, los he recordado por espacio de cuarenta años. A pesar de todo lo que ha sucedido, de todo lo que he leído y, si a eso vamos, de todo lo que he escrito, los recuerdo... y los amo todavía.

Estos cuentos me son muy queridos porque despertaban mi entusiasmo, me daban alegría de vivir en una época, un lugar y unas condiciones en que no abundaban las alegrías. Contribuyeron a mi formación, incluso me educaron, y estoy lleno de gratitud hacia esos relatos y los hombres que los escribieron.

Al margen de mi compromiso personal, estas narraciones representan un periodo esencial en la historia de la ciencia-ficción, período que ha sido injustamente descuida-

do y está en peligro de caer por completo en el olvido, ya que prácticamente ninguna antología importante incluye la ciencia-ficción anterior a 1938.

Habréis pensado que una persona tan increíblemente ingeniosa como yo debió tener hace años la idea de reparar este olvido y preparar una antología de los grandes relatos de la década del 30. Pues, por extraño que parezca, no es así. Jamás, en mis momentos conscientes, se me ocurrió un proyecto tan obvio.

Por fortuna, no siempre estoy consciente.

La mañana del 3 de abril de 1973 desperté y le dije a mi media naranja:

—¡Eh! ¡Puedo recordar lo que soñé anoche!

(Prácticamente nunca recuerdo lo que sueño, de modo que esto fue anunciado como una noticia bomba, de las que obligan a parar las máquinas.)

Como a mi esposa le interesan profesionalmente los sueños, me preguntó:

—¿Qué soñaste?

—Soñé que había preparado una antología de aquellos buenos y viejos cuentos que leí cuando era niño, y que eso me daba la posibilidad de releerlos —respondí—. Salían Tumithak de los Corredores, y Awlo de Ulm, y El mundo del...

Creo que allí me interrumpí. Reía entre dientes mientras relataba el sueño, pues parecía algo ridículo. Pero, ¿era ridículo?

De súbito, por el simple hecho de haberlo comentado, sentí ardientes ganas de hacerlo. No era la primera vez que experimentaba esos impulsos ardientes, y significan que debo realizar lo que sea en seguida, sin tener en cuenta ningún otro compromiso. Pero, ¿quién publicaría algo semejante? Ridícula pregunta. Al fin y al cabo, durante un cuarto de siglo de colaboración, la buena gente de Doubleday & Company, Inc. jamás me había dicho «no».

Narré mi sueño a las siete de la mañana y tuve que esperar a que comenzara la jornada normal para hacer algo al respecto. A las nueve y cinco de la mañana (les concedí un respiro de cinco minutos) estaba hablando rápida y sinceramente por teléfono con Lawrence P. Ashmead y con Michele Tempesta, dos magníficos directores de esa estimable editorial. No me respondieron «no».

Luego reflexioné un poco más sobre el proyecto. Como os decía, me faltaban esas antiguas revistas, y hoy día es sumamente difícil conseguirlas. Difícil, pero no imposible.

Estaba mi viejo amigo Sam Moskowitz, mi coetáneo en la edad de oro (con minúsculas), quien las compraba y conservaba todas, se las sabe de memoria y es capaz de citarlas palabra por palabra a cualquier hora del día o de la noche.

Ha empleado bien sus conocimientos y experiencia, convirtiéndose en historiador de la ciencia-ficción. En todo el mundo, es quizás el único experto verdadero en esta rama poco común del conocimiento humano. Ha escrito dos volúmenes de biografías de grandes escritores de ciencia-ficción: *Explorers of the Infinite* y *Seekers of Tomorrow*. (Una de dichas biografías trata, cómo no, de vuestro nada humilde servidor Isaac Asimov. Sam, que jamás ha escatimado hipérboles, la tituló *Un genio en la confitería*.)

También escribió *Science Fiction by Gaslight*, historia y antología de la ciencia-ficción en revistas populares del período que abarca desde 1891 hasta 1911, y *Under the Moons of Mars*, historia y antología de la ciencia-ficción en las revistas *Munsey*, de 1912 a 1929.

Doubleday ha publicado su libro *The Crystal Man*, que trata de la ciencia-ficción norteamericana del siglo diecinueve. Sam incluso ha escrito una descripción de las tremendas y apocalípticas contiendas entre el puñado de «fans» de la ciencia-ficción del Nordeste americano, que inmodestamente tituló *The Immortal Storm* («La tempestad inmortal»).

En consecuencia, recurrí a Sam Moskowitz. Jurando guardarle el secreto, le pregunté si alguna vez había hecho una antología de este tipo o si tenía pensado realizarla. Respondió que no, que no la había hecho ni la estaba haciendo. Pero que le gustaría realizarla si lograba encontrar un editor.

—Pues bien, yo lo tengo —expliqué— y me gustaría hacer una antología autobiográfica. ¿Te molestaría si te piso el terreno?

Suspiró y dijo que no.

Planteé la cuestión crucial:

—Sam, ¿me conseguirías los cuentos?

El bueno de Sam respondió:

—¡Oh, desde luego!

Y tres semanas después los tenía todos, con el cálculo de extensión, información sobre derechos de autor y comentarios sobre cada uno. (Me alegré muchísimo de poder pagarle el tiempo y el trabajo que se tomó.)

Conque aquí estoy, con todo dispuesto para hacer la antología y, si no os molesta, pienso convertirla en algo más que una mera antología. No pienso incluir únicamente los relatos, sin más ni más.

Con vuestro permiso —y, si es necesario, sin él—, voy a realizarla como hice *The Early Asimov*, situando los cuentos dentro del contexto de mi vida. Tal como expliqué a Larry, a Michele y a Sam, quiero que el libro sea autobiográfico.

En parte lo hago así porque una faceta muy destacada de mi personalidad incluye una especie de optimista estima hacia mí mismo (mis mejores amigos me llaman «monstruo de vanidad y engreimiento»), pero también, lo creáis o no, como medida de defensa propia y prácticamente como una especie de servicio público.

Mis numerosos lectores (¡benditos sean todos!) jamás se cansan de escribir cartas en las que me preguntan con insaciable curiosidad los detalles más íntimos de mi primera juventud. Hace mucho que me veo en la imposibilidad de

satisfacerlos y al mismo tiempo hallar tiempo para dedicarme a otra cosa. *The Early Asimov* ya hizo milagros en este sentido, puesto que ahora puedo responder con una postal impresa: «Por favor, para obtener la información que pide, sírvase leer *The Early Asimov*».

Ahora podré agregar: «Sírvase leer también *La edad de oro de la ciencia-ficción*».

PRIMERA PARTE: 1920 a 1930

Siempre he deseado comenzar un libro a la manera de los novelistas del siglo diecinueve. Ya sabéis: «Nací en la pequeña ciudad de P... en el año 19...» Ahora es la mía:

Nací en la pequeña ciudad de Petrovichi (creo que lleva el acento en la segunda sílaba), en la URSS. Digo la URSS y no Rusia, porque nací dos años después de la Revolución Rusa.

Más de una vez me han preguntado si Petrovichi está cerca de algún sitio que pueda considerarse bastante conocido. Se halla a cincuenta y seis kilómetros al oeste de Roslavl y a ochenta y nueve kilómetros al sur de Smolensk (donde se libró una gran batalla durante la invasión napoleónica de 1812, y otra durante la invasión hitleriana en 1941), pero esto no parece servir de mucho. Será mejor decir, pues, que Petrovichi se halla a trescientos ochenta y seis kilómetros al sudoeste de Moscú y a veinticuatro kilómetros al este de la República Socialista Soviética de la Rusia Blanca. Por tanto, nací en tierras de la Santa Rusia propiamente dicha, si es que esto sirve de algo.

La fecha de mi nacimiento es el 2 de enero de 1920. Aquellos de vosotros que gustéis de hacer horóscopos, ¡olvidadla! No sólo desconozco la hora y el minuto precisos de mi nacimiento, sino que ni siquiera sé el día exacto. El 2 de enero es la fecha oficial y el día que celebro mi cumpleaños, pero en el momento de mi nacimiento la Unión

Soviética se regía por el calendario juliano —que iba atrasado trece días con respecto a nuestro calendario gregoriano— y en aquella época mis padres ni siquiera le prestaban mucha atención al calendario. Fechaban los acontecimientos de acuerdo con los días sagrados del calendario judío.

Bajo el gobierno zarista, Rusia jamás se había molestado en realizar un cuidadoso censo estadístico de sus súbditos menos importantes, y durante la Primera Guerra Mundial y los turbulentos años ulteriores las cosas quedaron más descuidadas que nunca. Por eso, cuando finalmente necesité una partida de nacimiento, mis padres tuvieron que fiarse de la memoria y decidieron el 2 de enero.

Y así está bien. De todos modos, es oficial.

Permanecí en la Unión Soviética menos de tres años y no recuerdo nada de aquella época, salvo algunas impresiones vagas que a veces, según afirma mi madre, se remontan a la época en que yo tenía dos años.

Prácticamente el único acontecimiento personal de aquellos años que vale la pena mencionar es que hacia 1921 —cuando aún no se conocían los antibióticos y la atención médica existente era sumamente primitiva— enfermé de neumonía doble. Mi madre asegura (aunque sé cuánto cabe atribuir a su innato sentido de lo dramático) que enfermaron entonces diecisiete niños de nuestra aldea, y dieciséis murieron. Por lo visto, fui el único que sobrevivió.

En 1922, después del nacimiento de mi hermana Marcia, mi padre decidió emigrar a los Estados Unidos. Mi madre tenía un hermanastro en Nueva York dispuesto a garantizar que no seríamos una carga para el país; esto, más el permiso del gobierno soviético, era todo lo que necesitábamos.

A veces se me pide que explique detalladamente cómo salimos de la Unión Soviética, y tengo la clara impresión de que el interrogador no quedará satisfecho si no cuento que mi madre saltaba de un bloque de hielo a otro para cruzar

el Dnieper llevándome en sus brazos, con todo el Ejército Rojo pisándonos los talones.

¡Lo lamento! ¡No fue así! Mi padre solicitó un visado de salida, o como se llame, lo obtuvo y partimos en medios de transporte normales. Mientras esperábamos el visado, la familia tuvo que trasladarse a Moscú, de modo que estuve allí en 1922. Mi madre afirma que hacía un frío de cuarenta grados bajo cero y que tuvo que protegerme dentro de su abrigo para que no me congelara, pero es posible que exagere.

Huelga decirlo, no lamento que emigrásemos. Me atrevería a decir que si mi familia hubiera permanecido en la Unión Soviética, yo habría recibido una educación semejante a la que he obtenido, habría estudiado química y hasta es posible que hubiera llegado a ser escritor de ciencia-ficción. Por otro lado, habría tenido grandes posibilidades de ser muerto durante la invasión alemana a la Unión Soviética de 1941 a 1945 y, aunque supongo que antes habría cumplido con mi deber, me alegro de que no fuese así. Tengo un prejuicio a favor de la vida.

Nosotros cuatro —mi padre Judah, mi madre Anna, mi hermana Marcia y yo— viajamos vía Danzig-Liverpool y en febrero de 1923 llegamos a Ellis Island en el «Baltic». Fue el último año que la inmigración estuvo relativamente abierta, y Ellis Island funcionaba a todo vapor. En 1924 se implantó el sistema de cuotas, y Estados Unidos sólo recibió cantidades severamente limitadas de los cansados, los pobres y los desgraciados emigrantes de las superpobladas costas de Europa.

De modo que si hubiéramos tardado un año más, no lo habríamos conseguido. Aunque hubiéramos podido entrar más adelante, no habría sido lo mismo. Cuando llegué tenía tres años, y naturalmente ya hablaba (en yiddish), pero era lo bastante pequeño como para aprender el inglés como lengua nativa y no adquirida, que no es lo mismo.

Mis padres hablaban ruso con fluidez, pero no se empeñaron en enseñarme esa lengua, sino que insistieron en que aprendiera el inglés tan bien y tan pronto como pudiera. Incluso ellos mismos se decidieron a aprender el inglés, con resultado razonable aunque no brillante.

En cierto sentido, lo lamento. Me habría gustado conocer la lengua de Pushkin, Tolstoy y Dostoievsky. Por otra parte, no habría permitido que nada me impidiera dominar realmente el inglés. Perdonadme este prejuicio: estoy convencido de que no hay idioma más majestuoso que el de Shakespeare, Milton y la King James Bible; si he de hablar un idioma y dominarlo como sólo un nativo puede conseguir, me considero increíblemente afortunado de que sea el inglés.

A partir de aquí comienzan los recuerdos propios. Recuerdo con toda claridad el primer sitio donde vivimos al llegar a los Estados Unidos. Incluso recuerdo las señas: Avenida Van Siclen 425, al este del neoyorquino barrio de Brooklyn. Viví en Brooklyn durante los diecinueve años siguientes a mi llegada a los Estados Unidos, y el acento de Brooklyn sigue acompañándome.

Nuestra vivienda de la Avenida Van Siclen no era lujosa; como no tenía electricidad, utilizábamos mecheros de gas. Carecía de calefacción central, pero teníamos una estufa de hierro colado que mi madre encendía con papel y teas.

Por fortuna, yo no sabía que esto significaba vivir en un barrio bajo. Era mi hogar y me sentía feliz. La estufa me fascinaba particularmente y siempre estaba cerca para ver a mi madre encender el fuego y amasar tallarines. En 1925, cuando nos mudamos a una vivienda mejor —en la Avenida Miller 434—, a una manzana de distancia, lloré amargamente.

En febrero de 1925, poco después de mi quinto cumpleaños, comencé a asistir al parvulario. Si queréis más da-

tos, se trataba de la Escuela Pública 182.

Normalmente habría ingresado al primer grado un año más tarde, después de cumplir seis años. Sin embargo, mi madre no quiso esperar.

Me las había ingeniado para aprender a leer, importunando a los niños mayores para que me escribiesen el alfabeto (que había aprendido gracias al juego de saltar la soga), me leyeran cada letra y me dijeran cómo «sonaba». Luego practicaba con los carteles callejeros y los titulares de los periódicos, deletreándolos hasta que formaban palabras con sentido. Hasta hoy recuerdo la oleada de triunfo que sentí al comprender de repente que debían existir letras mudas y que la palabra que intentaba leer, ISland, que para mí no significaba nada, era en realidad EYEland. De pronto, «Coney Island» quedó luminosamente clara. En cambio, la palabra «ought» me derrotó completamente. No podía pronunciarla y ninguno de los chicos sabía decirme cuál era su significado, a pesar de que ellos la pronunciaban.

Naturalmente, mis padres no sabían leer en inglés, de modo que no pudieron ayudarme. El que yo hubiera aprendido a leer sin su ayuda les causó gran impresión. (Mi hermana tuvo mucha más suerte. Cuando ella tenía cinco años yo tenía siete y era un maestro en ese arte. Le enseñé a leer quieras que no, de modo que cuando llegó el momento de ingresar en la escuela, pasó directamente al segundo grado.)

Recuerdo que mi madre me matriculó en la escuela en septiembre de 1925. Su hermanastro, el «tío Joe», nos acompañó y actuó como intérprete. En esa época no comprendí lo que hacían, pero más tarde descubrí que habían modificado la fecha de mi nacimiento. Mi madre, respaldada por tío Joe, aseguró a las autoridades de la escuela que yo había nacido el 7 de septiembre de 1919. Teniendo en cuenta la imprecisión de mi fecha de nacimiento, esta falsedad era menos grave de lo que parecía; pero no dejaba de